

IV. Textos

Un nuevo concepto de las relaciones entre economía, territorio y sociedad

Manuel Delgado Cabeza
Universidad de Sevilla

BIBLID [0213-7525 (2001); 61; 255-291]

Lewis Mumford (1895-1990), arquitecto e historiador, fue discípulo de Patrick Geddes, (1854-1932), biólogo, éste último y uno de los pioneros de la planificación regional y urbana. En su obra Mumford analiza los efectos de la tecnología y la urbanización en las sociedades humanas a través de la historia, criticando las tendencias deshumanizadoras y los desastres estéticos, sociales y ecológicos de la moderna sociedad tecnológica. El texto que aquí se incluye es una parte del capítulo V de *The Culture of Cities* (1938), una de las obras que, junto con *Technics and Civilization* (1934), *The Condition of Man* (1944) y *The Conduct of Life* (1951) conforman una serie sobre “renovación de la vida” en la que se trata, según señala el propio Mumford en la entrada a *La Cultura de las Ciudades*, de “*explorar lo que el mundo moderno puede tener en calidad de reserva para la humanidad, una vez que los hombres de buena voluntad hayan aprendido a sojuzgar los mecanismos bárbaros y la barbarie mecanizada que ponen ahora en peligro la existencia misma de la civilización*”.

Mumford pertenece a esa pléyade de pensadores que se ha preocupado y ocupado de la economía, en tanto que comportamiento humano en relación con la gestión de los recursos, a partir de presupuestos ajenos a los que inspiran el aparato conceptual elaborado desde la ciencia económica, es decir, desde fuera de los enfoques usuales de los economistas. Esquemas y líneas de pensamiento de los que, en su contrapunto con los construidos desde la economía convencional, da cuenta ampliamente José Manuel Naredo en su obra *La economía en evolución*. Ed. Siglo XXI. 2ª ed. 1993.

En el libro del que se ha extraído este texto, Mumford subraya el fracaso de la ciudad producto de la cultura industrial, como espacio de convivencia, a la vez que resalta la existencia en el interior de la sociedad de “experiencias y reservas de fuerza” que abren posibilidades para que el mundo de la vida pueda ocupar el lugar prioritario que ahora ocupa el universo de la máquina.

Para Mumford, el reconocimiento de lo orgánico como modelo de funcionamiento de la realidad social, frente al actual predominio de lo mecánico, supone un cambio fundamental en las relaciones de los hombres entre sí y de los hombres con

la naturaleza, de modo que en este capítulo se dedica a especificar los requisitos de un ambiente condicionado por esta nueva orientación o enfoque para percibir e interpretar la realidad.

En este contexto, su concepto de región supone un avance muy importante, con plena vigencia en la actualidad, en relación con los esquemas de pensamiento sobre los que se sostiene el análisis económico convencional, para el que el territorio o está excluido, limitándose a razonar en el universo de los valores monetarios sin necesidad de referencias a las interrelaciones entre procesos económicos y medio físico, o se incluya sólo como receptáculo de localización de actividades económicas. La propia concepción de la región para Mumford, exige un enfoque multidisciplinar, como realidad social dinámica, próxima a sus habitantes, capaz de hacer resaltar por una parte los elementos compensatorios necesarios para contrarrestar la hipertrofia de una sola dimensión de lo real, como sucede en la cultura industrial, y por otra las diferencias que surgen de las peculiaridades, las especificidades geográficas, históricas y culturales, apareciendo como resultado de un entramado complejo de relaciones entre sociedad y territorio, una realidad básica para la configuración de la vida humana.

Recuperar hoy un texto de Mumford, lejos de tener el interés de recrearnos en una reliquia del pasado, puede significar hacer acopio de materiales con los que conformar esquemas de pensamiento que nos proporcionen una interpretación, una versión más completa y convincente de las realidades en las que hoy estamos inmersos.

LA ESTRUCTURA REGIONAL DE LA CIVILIZACIÓN*

1. Nuevas normas de vida y de pensamiento

Lo que ha sido llamado el triunfo de la urbanización ha sido en gran parte la frustración sistemática de las tentativas de mejoramiento social y colectivo posibles a través del pensamiento colectivo moderno. La civilización metropolitana, con su técnica ingeniosa y llena de recursos, con su organización física delicadamente articulada, no ha podido, debido a su estructura misma, distribuir los beneficios que potencialmente es capaz de obtener. Tanto en su vida social como en su injusto sistema de distribución impera esta situación: el hambre en medio de la abundancia.

Pero el fracaso humano de la civilización metropolitana ha despertado reacciones compensatorias; y han ocurrido cambios profundos en la vida y en el pensamiento que alterarán la imagen mental de la que ha surgido esta civilización. Afortunadamente, la sociedad en conjunto muestra cierta tendencia a actuar con más sensatez que sus miembros individualmente. Conserva tesoros de experiencia y reservas de fuerzas, que no tienen cabida en los programas limitados de un solo partido, grupo o generación.

La orientación del pensamiento hacia las realidades de la vida orgánica, algo que en el siglo XVIII no pasó más allá de las intuiciones del poeta o del naturalista, invadió a fines del siglo XIX el dominio inanimado del arte mecánico: el teléfono, el fonógrafo, el cinematógrafo y el aeroplano surgieron como consecuencia del interés que despertaban las funciones de los organismos y no hubiera sido posible perfeccionar estos inventos sin tener un conocimiento científico

* Capítulo V (apartado 1, 2, 3, 7 y 8) de *La Cultura de las Ciudades*, Lewis Mumford. Versión española de Emecé en 1945.

de sus procesos respectivos. Durante la pasada generación se ha operado una transformación en todos los órdenes del pensamiento: el interés que inspiraba el estudio de los mecanismos fue reemplazado por el de los organismos, y asimismo el mundo, que sólo reconocía como cosas reales a los cuerpos materiales y al movimiento mecánico, fue suplantado por el de los rayos invisibles y el de las emanaciones, un mundo donde los sueños y los proyectos humanos cobran tanta realidad como los fenómenos visibles, y a veces son más importantes.

La industria del siglo XIX, en su fase paleotécnica, ha estado sobre todo relacionada con los procesos inorgánicos que tienen lugar en la fábrica, en la mina, así como en la producción de acero. La primera revelación significativa a favor de la industria lograda en el dominio del conocimiento experimental biológico se debe a las investigaciones de Pasteur sobre las enfermedades de los gusanos de seda y el papel desempeñado por los fenómenos en los vinos. El conocimiento obtenido como resultado de estos trabajos, que habría de proporcionar la base de la higiene moderna y de la medicina, no se generalizó hasta después de 1870. Necesitó las demostraciones triunfantes de la medicina en las décadas siguientes para consagrar una nueva visión del universo: la que concede al organismo y al mundo de la vida la prioridad que se había concedido, desde el siglo XVII en adelante, a la máquina y a un universo cuya fría percepción mecánica estaba descrita por la física y la astronomía.

Pueden resumirse brevemente las principales ideas referentes a este orden orgánico.

Primero: La primacía de la vida y la de los organismos considerados como vehículos de vida autónomos, aunque perpetuamente interrelacionados. Cada organismo crece de una manera característica, la de su especie; y sigue en su desarrollo una trayectoria característica que incluye un repertorio de variaciones y su propio pa-

trón de existencia. Para mantener su forma viviente, el organismo debe alterarla constantemente y renovarse a sí mismo entrando en relación activa con el ambiente. Aún las formas más aletargadas de vida deben captar energía a fin de mantener su equilibrio; de esta suerte el organismo cambia, cuando menos, en cantidades infinitesimales, el equilibrio del ambiente, y el fracaso en ejercer una acción o reaccionar significa ya la suspensión temporaria de la vida o su término final. El organismo está implicado en el ambiente, no sólo en la dimensión espacial, sino asimismo en la temporal, mediante los fenómenos biológicos de la herencia y de la memoria; y en las sociedades humanas está conscientemente implicado debido a la necesidad de asimilar una herencia social complicada que forma, por así decir, un segundo ambiente.

Los seres y los grupos humanos son los resultados de un complejo histórico: su herencia, y se dirigen hacia un destino condicionado pero incierto, su futuro. La asimilación del pasado y la fabricación del futuro son los dos polos omnipresentes de la existencia en una comunidad humana. Hasta donde Aristóteles pudo apreciar el futuro, desde el punto de vista de su potencialidad y de su posibilidad, demostró ser, en realidad, un sociólogo más profundo que los pensadores siglo pasado, cuyas mentes, aún al tratar problemas sociales, en lo temporal, se han atenido a categorías que solamente satisfacen a la mecánica elemental.

La autonomía del organismo tan característica de su crecimiento, renovación y reparación, no conduce al aislamiento ni en el tiempo ni en el espacio. Por el contrario, toda criatura viviente es una parte de la trama general de la vida, de la vida tal como se manifiesta en sus procesos y realidades, ya se trate de una bacteria o de un organismo superior, y sólo como tal puede una unidad determinada continuar su existencia. A medida que hemos dilatado nuestro co-

nocimiento del organismo se ha revelado en forma patente la importancia del ambiente como factor cooperativo de su desarrollo y asimismo ha podido comprobarse la importancia que tiene el contorno en el desarrollo de las sociedades humanas. Dado que existen habitáculos y formas favorables de asociación para los animales y las plantas, tal como lo demuestra la ecología, ¿por qué no habría de ocurrir lo mismo en lo que se refiere a los hombres? Si cada ambiente determinado natural tiene su propio equilibrio, ¿no existe, quizás, un equivalente correlativo en la cultura? Los organismos, sus funciones y sus ambientes, así como los pueblos con sus ocupaciones, sus talleres y residencias, forman conjuntos interrelacionados y fáciles de ser definidos.

Las cuestiones de esta naturaleza sólo puede evocar en el presente respuestas hipotéticas, pero constituyen un nuevo punto de partida para la investigación. Y de los procesos negativos, tales como la destrucción y el deterioro del ambiente a causa de la torpeza del hombre, mucho se ha aprendido: así, después del tratado clásico de Marsh respecto a la Tierra y al Hombre, el mayor Powell y Raphael Pumpelly, así como los “conservacionistas”, desde Van Hise hasta Mackaye, hicieron estudios muy inteligentes sobre los recursos naturales en términos de uso potencial humano. Comenzando con “La Ayuda Mutua” de Kropotkin, el estudio de la ecología humana tiene ahora bases más positivas: así lo testimonian los estudios de Huntington sobre la civilización y el clima, las investigaciones urbanas realizadas por la escuela de sociólogos de Chicago y sobre todo, el esfuerzo que absorbió la vida entera de Patrick Geddes para desarrollar una sociología basada en la biología y un arte social fundado en nuestro conocimiento positivo biológico, psicológico y sociológico. En la doctrina de los emergentes, los organismos y los conjuntos, tal como ha sido expuesta por Lloyd Morgan y Whitehead, se traza el contorno de una metafísica apropiada.

Al hacer resaltar la importancia de esta nueva orientación hacia lo viviente y lo orgánico, deliberadamente descarto toda falsa analogía biológica entre las sociedades y los organismos, procedimiento este que Herbert Spences y otros llevaron hasta lo absurdo. Estas analogías, a veces, proporcionan sugerencias útiles, sugerencias no menos prácticas que aquellas que se derivan -con idéntica falta de realismo- de la máquina. Pero lo importante es que nuestro conocimiento concentra la atención en los procesos paralelos, en las condiciones y reacciones paralelas; y nos proporciona representaciones de los ambientes naturales y culturales interrelacionados, considerados como conjunto dentro de los cuales el hombre encuentra su vida, su ser y su drama.

Mientras predominó la máquina, los hombres pensaron cuantitativamente en términos de expansión, extensión, progreso, multiplicación mecánica y poder. Si tomamos como punto de partida el organismo pensamos cualitativamente en términos de crecimiento, normas, formas, interrelaciones, implicaciones, asociaciones y sociedades. Nos damos cuenta de que el fin del proceso social no es hacer que el hombre sea más poderoso, sino que alcance un desarrollo más completo y humano que lo capacite para exaltar los atributos específicamente humanos de la cultura; que no sea ni un carnívoro feroz ni un autómatas insensato. Una vez establecido, el orden vital y social debe incorporar el orden mecánico y dominarlo, tanto en la práctica como en el pensamiento. En términos sociales, esto significa una nueva orientación no sólo del mecanismo al organismo, sino del despotismo a la asociación simbiótica, del capitalismo y del fascismo a la cooperación y comunismo básico.

Otra consecuencia importante se desprende de este reconocimiento de lo orgánico, a saber la desaparición de las barreras que separan lo interior de lo exterior, lo consciente de lo inconsciente, y

el medio interno del externo. El hombre sólo puede tener acceso al ambiente externo por intermedio de la sociedad: éste es el medio que proporciona a la criatura el alimento, los signos del lenguaje y los símbolos de la asociación que lo preparan, mediante la habituación cultural, a comer su alimento y rechazar tal o cual veneno, a creer en ciertas verdades y evitar ciertos errores. A fin de que el ambiente externo funcione de manera eficiente, el hombre debe enfrentarlo, apoderarse de él y asimilarlo; y cuando lo ha conseguido, ese ambiente deja ya de ser un ambiente externo.

Dentro de su figura en la trama de la vida, cada organismo es por naturaleza selectivo: extrae del ambiente total -su campo potencial de acción- únicamente los elementos que puede incorporar, los que le permiten crecer o los que contribuyen a su seguridad. Cuando comete errores al hacer esta selección, su vida corre peligro; y en el caso de seguir equivocándose, muere. A medida que el nivel cultural del hombre se eleva, la naturaleza se convierte en el elemento más activo de su cultura, y su cultura, a su vez, se convierte en una segunda naturaleza. De esta suerte, la selección deliberada y la reconstrucción colectiva del ambiente, en términos de las necesidades, de los deseos y de los objetivos del hombre, desempeñan una parte cada vez más importante. La casa, por ejemplo, tiene su origen en el nido y en la cueva; pero, dentro del repertorio de las exigencias animales, no hay nada que pueda compararse a la tumba o al monumento. Así como el hombre mismo es el ejemplo más notorio de la domesticación de animales llevada a cabo por el hombre, la sociedad es el resultado del interminable experimento del hombre para refinar los procesos de la asociación animal. Casi podríamos definir a la ciudad como la estructura que permitió a la domesticación y a la asociación unirse con un fin determinado.

Ha llegado el momento de expresar en forma más completa esta reorientación, al considerar la vida y el organismo. En este capítulo

trataré de especificar los principales requisitos de un ambiente condicionado por la vida: primero, en función de los términos fundamentales de “aire, agua y lugar”; y más tarde e relación con el patrón económico y político, ya presente en la civilización metropolitana. Dentro de esta armazón regional emergente encontraremos más fácilmente el lugar y la forma de la nueva comunidad urbana que ha comenzado a surgir.

2. La perspectiva regional

La relación consciente del hombre con la tierra sufrió un cambio profundo en Europa occidental durante el siglo XV. El deseo de conquistar espacio y de explorar lo desconocido perturbó sus hábitos sedentarios y le proporcionó pretextos para cambiar de lugar, lo cual determinó la ruptura de su estrecha relación vegetativa con el suelo nativo. Pero desde el punto de vista colectivo, la gran época de la exploración y de la colonización que comienza en el siglo XVI, implicó un período de “descuido” terrestre. En el acto de apoderarse de todas las partes habituales de la tierra los colonizadores de África y de América sistemáticamente explotaron en forma equivocada sus posesiones; en primer lugar, quizá, debido a la ignorancia, pero también, en el caso de existir elementos de juicio, porque ningún gobierno poderoso, ninguna corporación económica rapaz o ningún individuo reconocían límites a su codicia ni impedimentos para satisfacer sus necesidades momentáneas. Allí donde las industrias y las ciudades se desarrollaron, subió el valor de la tierra y la tierra perdió casi todo su valor.

Actualmente el período de la exploración ha llegado a su fin, y el hecho de poseer conocimientos importantes en lo que respecta a las fuentes de la vida, unido al examen crítico de la historia humana, ha determinado un cambio profundo en nuestra actitud hacia la tierra.

Ya no podemos dejar las tierras y las posibilidades agrícolas fuera de nuestros cálculos, al considerar el futuro de las industrias o de las ciudades. Ha pasado la era del pionero tenaz que explotaba los recursos naturales de una zona determinada y luego seguía adelante; no hay lugar para avanzar. Hemos llegado al final de la jornada, y, en casi todos los casos, debemos retroceder y aprender a hacer inteligentemente, en forma corporativa, lo que hicimos torpemente en todas las regiones. La concepción de una región como realidad social dinámica constituye una de las etapas preliminares del procedimiento constructivo de la planificación, de la vivienda y de la renovación urbana.

En distintos países, esta conciencia de las condiciones geográficas subyacentes y de las relaciones de la tierra ha tomado formas diferentes. En Francia, el hogar del regionalismo como movimiento deliberado, la palabra regionalismo ha significado ante todo, una protesta contra la centralización excesiva que se operó en la política y en la cultura, y ha dado como resultado la reconstitución de las universidades provinciales y el intenso desarrollo de ciertas regiones, como los Alpes franceses, alrededor de Grenoble. En Dinamarca, el regionalismo significó la recuperación de la herencia nativa de las baladas y de la literatura folklórica, la fundación de las escuelas superiores folklóricas en el campo, el desarrollo del movimiento cooperativo y la agronomía y la cría científica en las regiones agrícolas; en Checoslovaquia ha significado la fundación de un estado político independiente.

Esos movimientos no dejan de estar relacionados; detrás de ellos existen ciertas ideas comunes. En un período en que la uniformidad de la civilización de la máquina se exageraba, el regionalismo sirvió para hacer resaltar los elementos orgánicos compensatorios, sobre todo, las diferencias que surgen de las peculiaridades geográficas,

históricas y culturales. Al reconocer la región como configuración básica de la vida humana, al aceptar las diversidades naturales, así como las asociaciones naturales y uniformidades; al reconocer la región como esfera permanente de influencias culturales, como centro de actividades económicas y como un hecho geográfico implícito, encontramos el elemento vital común en el movimiento regionalista. Lejos de ser arcaico y reaccionario, el regionalismo pertenece al futuro.

3. La región considerada como unidad geográfica

Al recorrer la campaña de los Estados Unidos, quizá se encuentre en medio del campo abierto o al borde de un bosquecillo una columna de granito con el nombre de un estado inscrito en un lado y el del estado vecino en el otro. Existen monumentos similares en toda frontera nacional, aún cuando la población en las zonas transicionales pueda ser casi tan parecida al observador como los habitantes de los estados de Nueva York a los de Connecticut.

Los límites políticos “imaginarios” tienen un carácter a marcha martillo: ésta es su conveniencia. Definen los límites de ciertas convenciones y obligaciones hechas por los hombres lo mismo que las constituciones y los códigos de la ley. La creación de esos límites forma parte de los esfuerzos del hombre para crear un mundo social más ordenado, un mundo uniforme donde pueden predecirse los acontecimientos. En verdad, la noción de dar alguna suerte de continuidad espacial a las normas de conducta, en lugar de permitir que cambien de forma de un distrito local a otro, es uno de los grandes cambios políticos que separan el mundo moderno del mundo feudal espacialmente inconsecutivo.

Sin embargo, en los cimientos de todas nuestras convenciones políticas se encuentra el hecho básico de la tierra misma; y la cues-

ción consiste en saber hasta dónde las unificaciones políticas corresponden efectivamente a las que han sido proporcionadas por la naturaleza y por otros aspectos de la cultura humana. La partición formal de la campaña antecede, en casi todos los casos, al conocimiento moderno geográfico; fue el trabajo empírico de los hombres de estado y de los legisladores, que creyeron en su mayoría, que las diferencias entre los pueblos y las regiones eran obra del hombre y podían ser suprimidas por un acto legislativo. Aun los nuevos estados democráticos, al definir los límites de la soberanía territorial, siguieron las normas arbitrarias de los gobernantes absolutos y reyezuelos del período barroco. Tal como ocurrió en la delimitación de los departamentos políticos de Francia durante la Revolución Francesa, los administradores, generalmente, decidieron ignorar las regiones naturales con sus complejos históricos y los privilegios de sus costumbres. No pudiendo establecer una separación entre el antiguo patrón orgánico y el orden feudal y eclesiástico que habían crecido con él, y como se oponían a conceder privilegios a estos últimos, trataron de desplazar la realidad del primero.

En general, durante el siglo XIX, se pasaron por alto las asociaciones geográficas funcionales y los límites funcionales. Se establecieron estados, se crearon municipalidades y distritos administrativos, se establecieron los límites de nuevas áreas de autoridad sin tener en cuenta las constantes geográficas ni las relaciones básicas de la comunidad que se fundan sobre ellas. Los ríos, que son canales de unificación para las comunidades situadas en ambas orillas, en muchos casos se convirtieron en líneas divisorias; lo que sólo era un obstáculo militar fue considerado como una división real. Poco esfuerzo se hizo para crear unidades regionales armoniosas que dieran igual expresión a las necesidades del campo y a las de la ciudad.

Hasta cierto punto esas unidades arbitrarias de administración funcionaron mejor de lo que los hechos hacían suponer. La razón es

obvia. En muchos casos, cualquier forma de frontera, que define los límites de la obligación y de los intereses es mejor que no tener fronteras de ninguna clase; una asociación artificial es más eficiente que otra que no tiene fin alguno y que sólo es una yuxtaposición inorganizada. Pero esas nuevas unidades políticas pusieron a muchas instituciones en moldes que no les eran adecuados y dejaron de ejercer un control efectivo sobre las organizaciones -como las grandes corporaciones industriales- que se establecieron sobre una base continental o universal; mientras que el crecimiento de la metrópoli, bajo el régimen financiero e imperial, a menudo la obligaba a formar una unidad urbana homogénea en áreas sometidas a diversas autoridades administrativas que muchas veces estaban en conflicto. Después de muchos esfuerzos y muchos fracasos, las fallas de esas divisiones abstractas, por último, se hicieron evidentes; mientras tanto, el geógrafo humano y el sociólogo nos han abierto los ojos en lo que se refiere a los hechos geográficos fundamentales: y podemos ahora definir el complejo regional, no sólo en términos de los deseos del hombre, sino también en términos que se relacionan con la realidad objetiva.

¿En qué sentido existe la región considerada como unidad geográfica y qué condiciones presenta para la ocupación humana?

Se puede definir una región partiendo de la habitación humana más pequeña, en términos de funciones, actividades e intereses; o en términos de masas de tierra y de interacciones climáticas y físicas. El geógrafo divide el mundo en cinco grandes masas de tierra habitable. Pero sin bien, al examinar esas masas detenidamente, comprobamos que las diferencias entre ellas son muchas, comprobamos asimismo que no son más grandes que las diferencias existentes dentro de ellas, entre sus zonas subordinadas. Cada masa se divide en provincias, regiones y subregiones: esas unidades forman complejos

más o menos diferenciados en cuanto al patrón. Su estructura geológica, su suelo, su situación, su clima, su vegetación y vida animal las diferencian de otros complejos.

En cuanto se hace intervenir al hombre en el cuadro, las diferencias son múltiples y sutiles, pues las leyes, las costumbres, los patrones de vida comunal, las formas de arquitectura, los tipos de pueblos y ciudades y la transformación del paisaje original en el paisaje agrícola modificado por el hombre, con sus patrones ordenados y cultura deliberada, son nuevos factores de diferenciación que separan a una región de otra. En las regiones donde existen pueblos o ciudades desde mucho tiempo atrás, las características aborígenes del ambiente han sido profundamente modificadas por la ocupación del hombre; por ejemplo, muchos de los alimentos valiosos derivados de las plantas empleados en la agricultura occidental son exóticos. A medida que las condiciones sociales compiten con las condiciones naturales para establecer el carácter regional se hace más fácil definir los límites de la región en términos de esfera de atracción -las ciudades dominantes-, más bien que en términos de barreras puramente físicas, como los pantanos y las selvas que antaño constituían las fronteras de los condados del sur de Inglaterra.

Ahora bien, cuanto más se familiariza uno con los hechos sociales y geográficos de cualquier zona, tanto más se da cuenta de que la unidad y la diferenciación corren parejas. Si uno busca la unidad, indudablemente la raza humana es una. Cuando se buscan diferencias, no sólo se descubren tipos nacionales y tipos regionales, sino, asimismo, diferencias importantes entre un florentino y un napolitano, entre un hombre de Glasgow y un hombre de Edimburgo y también diferencias en el idioma, en el acento, en los gestos y en los sentimientos entre pueblos que sólo están separados por la distancia que puede recorrerse en un día de marcha. Finalmente se llega a

la unidad primordial de la individualidad y se comprueba que no existen dos impresiones digitales idénticas entre diferentes personas. La unidad no anula la diferencia y la diferencia no atenúa la unidad dinámica.

Por lo tanto, es menester establecer un distingo entre dos clases de unidad: la unidad mediante la supresión, donde un solo patrón de vida adquiere proporciones universales, y la unidad por inclusión, donde la multitud de patrones diferentes, o bien encuentran sus elementos comunes, o llegan a ser elementos en una configuración más compleja que los incluye. Se logra la unidad por supresión, debilitando las relaciones orgánicas y también mediante la reducción de los hechos complejos de la vida a un sistema más simple: este método es el que está engranado en todos los procesos generalizadores del pensamiento. Y cuando el administrador político busca una uniformidad de reunión de esa naturaleza, que sólo se consigue recurriendo el procedimiento de Procustes, somete la realidad a una violencia que quizá no se nota suficientemente debido a que el método mismo es la consecuencia de las limitaciones inherentes del pensamiento, una limitación que sacrifica la exactitud y la comprensión a las necesidades prácticas del momento. Aunque es posible tratar a un ser humano como a una unidad numérica arbitraria, no se le elimina como realidad social compleja. Asimismo, esto es cierto en lo que concierne a las unidades regionales. La “desedificación”, a fin de dilatar el esquema de la vida invocado por la metrópoli y el estado gobernante, remata en el empobrecimiento; lo mismo que un sistema financiero defectuoso donde la moneda en circulación y el crédito no logran concentrar, a pesar de la demanda, los alimentos, la maquinaria y los servicios indispensables.

En general, puede decirse que las diferencias geográficas son primordiales, en tanto que las diferenciaciones sociales, incluyendo

aquellas que se derivan de la asociación urbana, son emergentes; una de ellas es fundamento, la otra es pináculo. Limitándose a examinar la base geográfica, no se puede decir cuál será el emergente social, porque precisamente por el hecho mismo de que es un emergente, precisamente porque contiene elementos de otras regiones geográficas, de otras culturas y de otros estratos de experiencia histórica, viene a ser una nueva configuración, aunque no aparezca en el complejo geográfico mismo. No obstante, las condiciones geográficas encierran el desarrollo cultural dentro de ciertos límites; así por ejemplo, la habilidad del esquimal no tiene aplicación en la selva tropical.

Por lo tanto, todo complejo regional está caracterizado por tres cualidades especiales. La primera es su carácter geográfico específico, es decir, ciertas propiedades comunes del suelo, del clima, de la vegetación, de la agricultura y de la explotación técnica.

Tómese como ejemplo el estado de Ohio. En la mayor parte del Estado se hielan los arroyos durante el invierno; la tierra es fértil, y una red de pequeñas comunidades distribuye la población en forma más o menos homogénea en toda la zona, aunque aquí y allá se encuentran ciertas concentraciones que forman grandes ciudades, tales como Toledo y Cleveland, en el Norte, y Cincinnati, en el sur. Con sus campos fértiles, sus grandes huertos de peonías y sus pueblos de campo cruzados por calles arboladas, las partes situadas en el norte de Ohio presentan una fisonomía que combina en forma curiosa la de Nueva Inglaterra con la de Holanda. La superficie se parece a la hermosa campaña holandesa, pero de dimensiones más grandes: las carreteras de ladrillo acentúan aún más el parecido. Al mismo tiempo, los pueblos, a menudo fundados por pobladores de Nueva Inglaterra, se parecen más a los del tipo agrícola de Nueva Inglaterra que al patrón urbano holandés, donde la tierra es más cara. Pero el límite político oficial no define ese complejo regional, sino que es un emergen-

te histórico que reclama comprensión y una mayor expresión política y cultural. Una de las principales tareas del regionalismo consistirá en desarrollar las realidades geográficas y sociales que se encuentran en la base de las diferenciaciones oficiales más o menos carentes de sentido. A menudo estas últimas se fundan en las tradiciones, en intereses políticos o en instituciones que ya han desaparecido.

Luego, una región se caracteriza por un determinado orden, un equilibrio dinámico entre sus distintas partes; cuando se hace una alteración importante en una sección del contorno, por regla general deben hacerse cambios correspondientes o compensatorios en las demás partes. Cuando el hombre perturba el equilibrio natural, introduciendo una nueva criatura como, por ejemplo, cuando importó la liebre americana a Australia, cuando ará la tierra en zonas semiáridas, a fin de realizar una ganancia efímera plantando trigo, o cuando tala la selva entera, pone en movimiento una serie de consecuencias que perturban la fábrica complicada sobre la cual se base el establecimiento humano: la erosión del suelo, las inundaciones, las invasiones de insectos y plagas de varias clases pueden ser la consecuencia de esas perturbaciones.

Sin embargo, no es posible impedir que cierta criatura, el hombre, se introduzca a sí mismo. Y quizá el problema principal del establecimiento humano ha sido el de adaptar el planeta a las nuevas necesidades del hombre sin perturbar por completo el orden de la naturaleza. Las adaptaciones favorables al ambiente, tales como la adaptación sistemática de las inundaciones del Nilo a la agricultura permanente, constituyen las bases para un gran aprovechamiento de energía y una cultura humana duradera. Cada región tiene su propia configuración: sus asociaciones características, sus recursos favorables, sus fallas y sus empobrecimientos igualmente característicos. Estos recursos varían con la cultura de la comunidad. A medida

que la herencia cultural aumenta, una parte más dilatada del contorno se aprovecha y adquiere sentido: *la cultura y la habilidad técnica, lejos de anular las condiciones naturales de una región, por el contrario, las magnifican*. Para el cazador la selva es el habitáculo de los animales que persigue; mas para el hombre moderno, también es un emporio de leña, una protección contra la erosión del suelo, una zona de recreo y un campo para la conservación científica.

Por lo tanto, la creencia popular de que la tecnología moderna ha disminuído la importancia del habitáculo natural es contraria a la verdad; asimismo lo es la noción de que las “diferencias regionales se desvanecen a medida que desaparece la aislación”. En una lengua de tierra arenosa tal como el Cabo Cod, al principio sólo se encontrarán pescadores y agricultores primitivos: cultivadores de maíz, gente que busca moluscos o que recoge arándanos en los pantanos. Más tarde la misma zona, debido a que se puede aprovechar la madera y la arena, puede ser la cuna de la industria del vidrio, tal como la antigua industria de Sandwich; y en una etapa aún más avanzada de su desarrollo podrá mantener un instituto de investigación científica en uno de los extremos de la península y una colonia de artistas en el otro, cada uno de los cuales revelará nuevos recursos del ambiente. Mientras tanto otros recién llegados depositados en el suelo indio -ingleses, portugueses, franco-canadienses y negros- acrecientan la individualidad específica de ese particular complejo regional. Lejos de desaparecer con el aislamiento, las diferencias regionales se acentúan a medida que aumenta la población y que aparecen nuevos intereses, los cuales suelen revelar un color no descubierto hasta entonces que modifica el patrón común. Las diferencias regionales primitivas pueden disminuir con el contacto cultural; pero las diferencias emergentes son cada vez más profundas, a menos que la región resulte perjudicada por el esfuerzo metropolitano que tiende a destruir

toda modalidad de vida que no refleje su propia imagen. Este es un hecho sociológico de alcance universal.

Desde el punto de vista humano, la importancia del equilibrio consiste en que implica la utilización de varios grupos ecológicos y de varias reacciones humanas: el equilibrio y la variedad son en verdad los dos conceptos que ayudan a definir una región cultural. Los intereses comunes y la unidad de la reacción constituyen sólo una faceta del patrón regional; usado como base para la organización comunal, ese criterio crearía regiones unilaterales, especializadas, desequilibradas y pobres desde el punto de vista cultural. Tan importante como el sentimiento de identidad es el hecho de la variedad: el encuentro e intercambio de diversos tipos la “eterealización” e intercambio de distintos ambientes, es un factor esencial en la organización de una vida regional sana.

Por lo tanto, al configurar una zona es necesario elegir un área suficientemente amplia, capaz de contener un repertorio suficientemente grande de intereses, y lo suficientemente pequeña como para mantener esos intereses bajo control, a fin de que constituyan el objeto de un interés colectivo directo. En las regiones pobladas desde mucho tiempo atrás la interreacción de la geografía y de la historia ha producido esa clase de áreas humanas. Aunque hayan perdido algunos de sus atributos, la envoltura esencial subsiste: una memoria, si no un hecho. En las partes más nuevas de la tierra es importante comprender, mediante la investigación intensiva, todos los factores accesibles a la descripción científica, a fin de construir en última instancia la forma vernácula compleja imposible de descubrir en la naturaleza: la región humana equilibrada. Suprímase las nociones de variedad y de equilibrio y entonces la noción misma correspondiente a la región se convierte en una simple expresión especial aplicable a cualquiera de las 108 divisiones administrativas de

los Estados Unidos, por ejemplo, la expresión empleada por este o aquel departamento del gobierno de Washington. Nuestra tarea consiste en reemplazar el equilibrio primitivo que existe en una región poblada de organismos en estado natural, por un ambiente más rico, por un equilibrio más sutil y multiforme de grupos humanos y comunidades en el estado que corresponda al de la alta cultura. La clase de proyecto regional que únicamente busca patrón simple arbitrario adaptado a las conveniencias del administrador político o industrial sólo tiene de regional el nombre. Desgraciadamente la tendencia a dar el nombre de región -ahora un nombre a la moda- a una unidad administrativa en gran escala se ha hecho sentir en todas partes. Aun el notable informe presentado por el Report on Regional Factors in National Planning cae en ese error.

Finalmente, existe una tercera característica de las regiones naturales. A diferencia de las áreas políticas de viejo cuño, no han tenido -excepto en el caso de islas lejanas, oasis o regiones montañosas- límites físicos definidos. La región puede definirse y delimitarse mentalmente, pero esto es, en gran parte, una conveniencia práctica. Aun las características puramente físicas se funden gradualmente con las de zonas intermedias que pertenecen en parte a una y en parte a otra área. En cuanto se consideran las comunidades humanas, la región se convierte en un sistema de interrelaciones, cuyos límites no se destacan con claridad.

Esto significa que todos los límites trazados en blanco o en negro son, en mayor o menor grado, arbitrarios. La realidad implica cierta relatividad y vaguedad, cierta imprecisión en cuanto a la definición. Para definir las zonas humanas no debemos buscar sólo la periferia, sino el centro. Fawcett, muy sensatamente, eligió la capital regional como medio de definir las subregiones de Inglaterra imaginadas por él. Generalmente en la cultura humana las esferas urba-

nas de atracción se convierten en hechos geográficos de la mayor importancia, pues el centro urbano tiende a concentrar las corrientes de energía, de hombres y de productos que pasan por una región, reuniéndolos, dispersándolos y ejerciendo, por lo tanto, un control manifiesto sobre el desarrollo de la región considerada como realidad dinámica. En verdad, la zona fisiográfica es afectada en algunas partes de su contorno debido a la operación de las necesidades humanas y de los procesos humanos. Desde los tiempos en que el hombre vivía en un ambiente salvaje, hasta los días del aeroplano, las huellas de sus pasos en el suelo lo acompañaron y participaron en la definición. La naturaleza proporciona los materiales. Conceptualmente y concretamente el hombre diseña la estructura. La región no menos que la ciudad, es una obra de arte colectiva. Por eso se requiere la acción de los hombres así como el conocimiento especializado del geógrafo y del sociólogo para definirla.

7. La Región Económica

1. Existen, como lo ha hecho notar Benton MacKaye, tres tipos de regiones económicas. La primera, en gran parte, se basta a sí misma y por lo tanto se encuentra en estado de equilibrio económico. Pocas regiones, hoy día, exhiben esa clase de equilibrio en su sencillez primitiva; nuestras necesidades y nuestra técnica han producido toda una serie de complicados factores.

2. El segundo tipo es la región totalmente especializada: una parte de la tierra que, prescindiendo de su variedad potencial, ha sido dedicada a la producción de una serie limitada de productos. Las regiones mineras, particularmente en las zonas explotadas durante los siglos XVIII y XIX, constituyen ejemplos de esa clase de unidades económicas unilaterales. Para crear cualquier forma de equilibrio humano en estas regiones, las exportaciones de los productos espe-

ciales deben ser equilibradas por una gran diversidad de productos importados. Esto, en parte, contrarrestará el empobrecimiento del ambiente, pero sólo en parte. Faltarán aquellas actividades, artes y experiencias que aparecen como resultado de una explotación más variada de la región. En la economía capitalista existe aún otro punto débil: sólo una fracción de la población en esa clase de zona recibirá una entrada suficiente para importar los ingredientes requeridos por una cultura completa. Y cuando una industria "se agota", así como se agotaron ciertas fábricas de textiles en Nueva Inglaterra, y las minas de carbón en Durham y Gales en Inglaterra, la población queda desamparada.

3. El tercer tipo de región económica es aquel que generalmente ha caracterizado a las culturas avanzadas: se basta en parte a sí mismo y en parte está especializado. Existen, dentro de su zona, una serie de recursos variados y representativos. Y de sus productos especializados, así como de la habilidad de sus artesanos, obtiene de otras regiones los elementos necesarios para una cultura humana de múltiples facetas. Las zonas agrícolas pertenecen al primer tipo de equilibrio: limitan las necesidades y enseñan a vivir sin necesitar muchos productos exóticos. Las industrias especializadas pertenecen al segundo tipo: sus realizaciones corresponden a las del especialista unilateral, que eventualmente pierde el dominio de su propia especialidad debido a su vida y a su pensamiento unilaterales. Las regiones culturales necesitan un tercer tipo de base económica.

Durante el siglo XIX las escuelas de economía, que entonces gozaban de popularidad, desacreditaron toda tendencia que buscara establecer el equilibrio económico y la variedad de una región. Se daba por sentado, basándose en la explotación inglesa de la industria paleotécnica, que sólo se podría lograr el equilibrio sobre una base planetaria, mediante la división internacional del trabajo. Un

esquema de esa naturaleza hubiera dado un carácter permanente a la supremacía inglesa en el empleo del carbón y del vapor para la producción en masa de textiles, de cuchillería, de alfarería y otros artículos producidos por las máquinas. Se suponía que el resto del mundo se contentaría con la tarea modesta de suministrar algunas materias primas y consumir los artículos hechos en Inglaterra. La región considerada como teatro para la actividad humana no ocupaba lugar alguno en ese esquema. Sólo importaba su capacidad de producción especializada.

No tenemos por qué analizar aquí los defectos de este régimen unilateral. Basta decir que consideraba a la región como una mina de la cual podían extraerse ciertos materiales especiales, y, como consecuencia, la vida social de sus principales centros industriales y pueblos fabriles era primitiva, unilateral y monótona. Con la exportación de las máquinas y del conocimiento técnico a otros países, al poco tiempo cada provincia y cada región se apropiaron de los procesos especiales de la industria a base de máquinas. El hecho de que el industrialismo fuese adoptado en todas partes ha impedido que se desarrollara en la forma que suponían los economistas de Manchester, es decir, la de la especialización internacional para un solo mercado universal. Ciertas regiones que antaño fueron consideradas únicamente como productoras de materias primas se han convertido en centros fabriles por derecho propio. En nuestro país, los estados del Sur no sólo producen algodón, sino que también lo tejen; en tanto que la industria del calzado, que antaño estaba centralizada en Brockton y en Lynn, ha creado ahora centros independientes en el Medio Oeste, más cerca de los lugares que suministran materias primas, así como de los mercados locales. Mientras siga realizándose esta difusión debe irse alterando asimismo el equilibrio de la población: en lo interno propiciando una variedad de ocupaciones

dentro de una región determinada, y en lo que hasta ahora han sido regiones predominantemente agrícolas podrá, dentro de la economía regional, a las industrias mecánicas y a las comunidades urbanas en igualdad de términos.

La finanza metropolitana, dominada en gran parte por los banqueros y los capitalistas metropolitanos, al poner etiquetas nacionales y marcas de fábricas y al limitar el consumo a los productos anunciados como nacionales, naturalmente se opone a toda tentativa de descentralización regional. Con este fin compra fábricas locales y las funde en grandes organizaciones financieras gobernadas por una burocracia centralizada. Pero en el acto mismo de establecer un control tan amplio origina finalmente fuerzas contrarias. La protesta del mercader local contra las tiendas en cadena ya ha debido ser tenida en cuenta por la legislación estadual de los Estados Unidos; por mal aconsejada que sea la restricción, no es menos evidente que se necesitan normas diferentes de control y de acción.

Además, la concentración creciente de la finanza metropolitana hace necesario inventar una técnica para establecer la dirección descentralizada: esto desplaza la responsabilidad de la dirección al foco de la producción y por lo tanto permite una autonomía más grande. Y la especialización aún más grande de la producción toma la misma dirección: la construcción de toda una fábrica a fin de producir una sola unidad, como un carburador, una batería eléctrica o de un cojinete, ha eliminado la necesidad de agrupar fábricas subordinadas en un distrito reducido. Finalmente, la teneduría rigurosa de la finanza metropolitana ha revelado la necesidad de reducir los gastos de la dirección: no solamente los gastos administrativos, sino también las rentas, los impuestos y los gastos de transporte. Todos estos factores se oponen a la concentración unilateral de la industrial en

unas pocas zonas industriales limitadas: favorece la descentralización regional y la diversidad regional de la ocupación.

Hasta el presente, los cánones financieros se han opuesto a la explotación auténticamente racional de los recursos y a someter a las industrias y a la ciudad a un plan regional. A fin de imponer un mercado “nacional” contra las afiliaciones y “standards” regionales naturales se ha desperdiciado una enorme cantidad de energía en las organizaciones de venta, en los anuncios, en la publicidad para las modas. Esta labor hubiera dado mejor resultado si hubiera tratado de elevar el poder adquisitivo del trabajo, propendiendo a la reorganización de los medios esenciales de la producción sobre bases regionales. Todos esos desperdicios exigen un tributo, no solamente en dinero, sino asimismo en forma de confusión mental y decadencia social. Las cuestiones siguientes: qué es “económico” y qué es “provechoso”, pertenecen a dos órdenes diferentes de ideas; hasta ahora el último de esos términos, dada su indiferencia por los valores sociales y las necesidades del consumo, casi puede decirse que ha sido el determinante exclusivo del patrón económico de la región.

El profesor J. Russell Smith, geógrafo economista, ha comentado el asunto en los siguientes términos: “Quizás esta especialización regional de la manufactura, así como la especialización regional de la agricultura, ha ido demasiado lejos. Hay signos de que así ha ocurrido. Quizá nos sea dado ver una renovación de la manufactura que satisfaga las necesidades locales, como ya presenciamos una renovación de la agricultura para satisfacer esas necesidades. Dos factores industriales relativamente nuevos hacen que esto sea posible. Uno es la distribución generalizada de la energía eléctrica en la ciudad, en el pueblo y en la casa... El segundo factor es la ‘standardización’. Esos dos factores permiten fabricar muchas pequeñas cosas en pueblos pequeños, probablemente aun en la granja. Quizá sea más

fácil transportar las materias primas que el hombre necesita así como los artículos que fabrica, que su alimento. Esto puede determinar una desviación de la producción fabril de Boston, Worcester, Detroit o Chicago a granjas y pueblos en las secciones productoras de alimentos de los Estados de Nueva York y de Michigan, de Manitoba, de Saskatchewan o de los valles de las Montañas Rocosas...

Quizá comienza la era de la redistribución parcial de los productos manufacturados en las zonas donde la producción de alimentos, el clima y el acceso comercial son satisfactorios”.

Hace veinticinco años Kropotkin hizo observaciones parecidas y dedujo las mismas conclusiones. Lo que era una profecía audaz cuando publicó *Campos, fábricas y talleres*, se ha convertido ahora en un movimiento definido. En efecto, las posibilidades técnicas del regionalismo económico han coincidido con los impulsos sociales y éstos les han dado una dirección. En cuanto a la otra faz de la industrialización de la agricultura, que se ha llevado a cabo a un ritmo muy rápido bajo el régimen capitalista, la cooperación y el socialismo significan la “ruralización” de la industria.

La posibilidad de crear regiones económicamente equilibradas depende de factores geográficos permanentes. Esas constantes, a su vez, han sido reforzadas por nuevas invenciones y nuevas adquisiciones del saber científico que estimulan, en lugar de oponerse, como creen algunos, la tendencia a realizar la integración regional. La mayoría de esos factores favorables provienen de lo que he descrito en mi obra *Técnica y Civilización* como el complejo neotécnico: un sistema de industria basado en la movilidad de la energía y que incluye el empleo de la electricidad y de ciertos materiales y dispositivos: motores, metales livianos y sustancias raras, así como la aplicación máxima del conocimiento científico sistemático en la explotación de los recursos y la organización del trabajo. Asimismo en ese sistema

ocupa un lugar predominante la importancia creciente de las ciencias biológicas y sociales, aun en los dominios hasta ahora ocupados casi exclusivamente por las ciencias físicas y las artes puramente mecánicas.

No es uno de los menores efectos del régimen neotécnico la transformación de la agricultura; antaño era ésta una industria atrasada, pero en la actualidad ha alcanzado un grado notable de eficiencia. Mientras que los primeros progresos técnicos en la agricultura se derivaron del interés paleotécnico en las máquinas consideradas como dispositivos para economizar trabajo y producir en grandes cantidades, una buena parte de las mejoras recientes se basan en el conocimiento químico y biológico, que ha determinado un aumento en los rendimientos de las cosechas. Entre los primeros progresos figura el descubrimiento del papel que desempeñan los fertilizantes y la rotación de las cosechas en la conservación de las condiciones nutritivas del suelo; de ahí la tendencia a descartar los sistemas de cultivo basados en un solo tipo de cosecha, que caracterizaban la antigua agricultura durante el siglo XIX, y reemplazarlos por sistemas mixtos. Esto no sólo significa una explotación más conservadora de la tierra, sino también una alimentación local más variada.

Durante la última generación se ha introducido mejoras por todas partes: se ha logrado “regenerar” el suelo mediante cosechas que producen nitrógeno; asimismo se ha conseguido mejorar las variedades vegetales y animales, y los métodos de cría. Actualmente se utilizan los desperdicios químicos para enriquecer el suelo, y se ha logrado la intensificación del rendimiento de las cosechas, tanto en el tiempo como en el espacio, mediante el cultivo de plantas en tanques especialmente preparados, con una mezcla científica de alimento vegetal un control completo de la luz y del calor, así como eliminando los insectos y otras plagas. Esos procedimientos, de una ma-

nera u otra, han extendido y uniformado los beneficios de la explotación agrícola y constituyen la mejor garantía contra el incentivo de la explotación especializada.

La agronomía moderna predica el axioma sabio de reducir el área de la zona cultivada e intensificar el método de cultivo. Aunque no todas las cosechas se presten, desde el punto de vista económico, al cultivo artificial, el área que se necesita cultivar disminuye y la zona dedicada a la selvicultura y a la horticultura puramente ornamental aumenta en potencia. Por lo tanto, los métodos de agricultura originalmente adoptados por los holandeses en el siglo XVII volverán a aplicarse con algunas variantes nuevas, así como el patrón holandés urbano del siglo XVII volverá a implantarse con las modificaciones apropiadas: esa mutación, probablemente, se convertirá en el nuevo dominante.

Los nuevos conocimientos que hemos adquirido respecto al régimen alimenticio, que hacen resaltar la importancia de los alimentos frescos y de los vegetales de hojas suculentas, refuerzan esta tendencia agrícola. Debido a ello ya ha disminuído sensiblemente en los Estados Unidos la superficie *per capita* dedicada al trigo y al maíz. El signo distintivo de la agricultura biotécnica será el de suministrar legumbres y frutas frescas en todas las estaciones, pues con la distribución de la energía eléctrica y la contracción de la superficie dedicada a la agricultura, nada impide que la mayor parte de la cantidad requerida proceda de la región local. La mayoría de las máquinas y de los dispositivos empleados en la agricultura moderna son de carácter colectivo y requieren energía eléctrica en cantidades crecientes. Además, para que puedan aprovecharse en forma eficiente, se necesita una preparación técnica adecuada e introducir constantemente modificaciones que estén de acuerdo con los nuevos conocimientos científicos: todo esto implica la interrelación efectiva de la

agricultura con la ciudad. De ahí que se necesite, aún desde el punto de vista agrícola, una fórmula más íntima de cooperación con las zonas rurales y un sistema de distribución regional de todos los instrumentos modernos de cultura y de cooperación.

Hablar de zonas agrícolas, de zonas industriales y de zonas urbanas significará referirse a una forma de división del trabajo anticuada. Las regiones rurales ofrecerán incentivos a la industria, crearán un ambiente propicio a la vida cooperativa y al urbanismo biotécnico. Por su parte, la industria deberá, en beneficio de la eficiencia vital, buscar una base rural más amplia. Todo pueblo se convertirá, por lo tanto, en el embrión de una ciudad moderna y no será el fragmento depauperado de una metrópoli indiferente.

8. La energía constructora de regiones

En el campo de la industria se manifiesta una tendencia parecida contra la exageración de la especialización y de la concentración. La especialización dentro de la fábrica industrial, que implicaba un gran capital invertido en máquinas diseñadas para hacer sólo un cosa determinada, se ajustaba al procedimiento empleado con éxito en las industrias textiles de principios del siglo XIX; esa fórmula parecía aplicable a toda forma de proceso industrial. Pero tanto la experiencia como el análisis han demostrado, durante la última generación, que esa especialización tiene serios inconvenientes, pues, si bien existen productos estables, la mayoría de ellos han sido sometidos a alteraciones radicales. Por otra parte, es necesario mantener la fábrica industrial flexible y adaptable. Las pequeñas unidades están capacitadas para la producción diversificada y de rápida adaptación y son más económicas que las grandes, y con frecuencia su existencia se justifica por su dirección más eficiente. En efecto, cuanto más grande es la organización, tanto mayores son los gastos en concepto

de supervisión. La costosa transformación que debió realizarse en las fábricas de Ford cuando éstas dejaron de fabricar su primer modelo y comenzaron a construir un nuevo tipo de automóvil, constituyó un punto de transición significativo y una lección que no ha sido olvidada.

Hasta el presente, cuando menos en los Estados Unidos, esta descentralización topográfica de la industria ha sido fomentada principalmente por razones de economía financiera que a menudo tenían una raíz antisocial, como, por ejemplo, los esfuerzos que hizo la industria de la seda para evitar la unión de los obreros, o la tentativa de hacer ganancias reduciendo el “standard” de vida de los trabajadores, como ocurrió en las fábricas de algodón del Sur.

Empero, resulta evidente que los nuevos agentes, o sea, la energía, la comunicación y el transporte, producen los mismos efectos, tanto en la industria como en la agricultura: benefician tanto a la ciudad como a la campaña. Esto constituye un distinguo esencial entre el régimen neotécnico y el paleotécnico. En las condiciones modernas, una usina, para producir energía eléctrica, puede quizá ser de proporciones gigantescas a fin de acrecentar su eficiencia operativa o aprovechar un gran caudal de agua; pero, mediante los sistemas “interconectados” de transmisión a larga distancia, la energía debe ser producida en muchos centros y aprovecharse en una extensa zona: usinas de capacidad relativa, pero que no permanecerán inactivas. De ahora en adelante los yacimientos carboníferos y las zonas recorridas por el ferrocarril o atravesadas por ríos no serán las únicas donde se produzca y se distribuya la energía. En otras palabras, la producción de la energía ya no exige la concentración local, sea dentro de la usina como dentro de la zona manufacturera. Y la unidad que antaño se consiguió mediante la centralización de la producción en una sola fábrica, puede ser lograda mediante planes,

programas y otras formas de coordinación administrativa y técnica. En verdad, a medida que se refina la regulación de los procesos productivos, el tamaño de la usina eficiente tiende a disminuir, porque en parte su magnitud se debe a que los materiales quedan detenidos en varios puntos antes de llegar a la fábrica.

Pero no es sólo la energía lo que ha determinado la posibilidad de lograr una nueva estructura industrial y por lo tanto una estructura urbana esencialmente diferente. Esto se aplica igualmente a los sistemas de transportes y de comunicaciones. El automóvil ha descentralizado el transporte, lo mismo que el transformador y el motor ha descentralizado la aplicación de la energía eléctrica. En lugar de un tren con varios vagones, que aumenta la economía en relación con el número de vehículos ocupados, hemos comenzado a emplear, desde 1910, el automóvil, el ómnibus a motor y el camión; todos ellos constituyen unidades individuales más flexibles, que pueden arrancar o detenerse, tomar por la carretera principal o por las menos importantes, según sus conveniencias, sin que tengan que esperar a otros vehículos. Y en lugar de la línea de ferrocarril que centralizaba el transporte en las arterias principales y que estaba más o menos limitada a las rutas a nivel del mar, en una medida de dos por ciento o menos, el automóvil ha creado la red de caminos. De esta suerte el automóvil puede penetrar en el territorio interior de una manera más efectiva y económica que el ferrocarril, pues la economía de este último depende de que se carguen los vagones al máximo de su capacidad y de concentrar el transporte, dentro de lo posible, en las rutas principales. Además, el automóvil puede subir cuestas empinadas y penetrar en regiones montañosas con una libertad que no está al alcance del ferrocarril, y forma un lazo de unión efectivo con el campo de aviación y el aeroplano, los más modernos medios de transporte continental. La utilidad del aeroplano poco se ha notado hasta aho-

ra en los centros congestionados metropolitanos, debido al hecho de que se invierte el mismo tiempo en recorrer cinco o diez millas desde el aeropuerto en las afueras de la ciudad que en cubrir cincuenta o cien millas en el aire.

El camión ha abierto potencialmente nuevas fronteras para la colonización humana, así como el aeroplano ha extendido la civilización hasta los dos polos. En las tierras altas, fácilmente accesibles a los automóviles, existen riachos o torrentes de corriente rápida y cascadas que constituyen nuevas fuentes de energía, y gracias al automóvil y a las usinas hidroeléctricas ciertas zonas que hasta hace poco estaban muy alejadas y sin cultivar pueden ahora sostener comunidades industriales bien equilibradas. El clima saludable de esas regiones altas, que brinda oportunidades para practicar deportes en el campo, la selva y el río, hace de ellas, en muchas partes del mundo, centros ideales para vivir durante todo el año. En el siglo XIX muchas de esas regiones constituían los lugares de recreo de la burguesía: mañana se convertirán quizá en los puntos de residencia favoritos de una clase trabajadora liberada. Noruega, los Alpes franceses y los Alpes suizos, el valle del Tennessee y el valle de Columbia constituyen ejemplos donde se observa la influencia benéfica que ejercen esas nuevas formas de energía industrial en la civilización y en la técnica. Nuevamente aquí, para lograr los beneficios característicos de los nuevos sistemas de transporte, debe propiciarse la formación de zonas cuya población no sea muy densa: cuanto más grande es la congestión, menor será la eficiencia del nuevo sistema de transporte.

Con esos nuevos medios de transporte y de generación de energía, las ventajas locales, que antaño sólo se encontraban en un centro circunscripto en un solo punto, pueden extenderse a toda una región. Aun bajo el régimen metropolitano la unidad ya no es el distrito central, sino un área con un radio de diez a sesenta millas del

centro. El telégrafo, el teléfono, la radio y los aparatos de televisión que han aparecido en el complejo neotécnico completan el organismo regional. El efecto de todos esos instrumentos consiste *en dilatar la esfera de la actividad y al mismo tiempo reducir la traslación y el transporte y la densidad de la población*. Tanto las fábricas como las oficinas que se encuentran a doscientas millas de distancia una de otra están hoy más cerca, en lo que se refiere a la comunicación efectiva, que hace cien años, cuando sólo estaban separadas por un trecho de dos millas. Empero, al concentrar casi todas las actividades de las unidades administrativas y de las unidades industriales, se presupone que prevalecen las mismas condiciones que imperaban hace un siglo. El acontecimiento importante que ha ocurrido es que la región geográfica se ha convertido potencialmente en una unidad como la constituida por la metrópoli en el régimen económico del pasado: debe ser unida, entrelazada y poblada teniendo en vista las nuevas oportunidades y las nuevas condiciones de vida. Cuando se explote en forma más intensa la región considerada como unidad económica, disminuirá, en relación, el transporte de los artículos, dado que se producirán en la zona misma.

Ahora que los procesos técnicos propenden a la descentralización de la producción, nuevamente los medios de vida pueden ser producidos en un ambiente adecuado para vivir: un ambiente que no sólo sea capaz de producir, sino también de consumir a un nivel más alto y dar lugar a actividades creadoras más intensas. Bajo el régimen del regionalismo económico las industrias serían variadas y equilibradas desde el punto de vista local a fin de asegurar una vida variada y equilibrada, y lo mismo ocurriría con la herencia compleja y multiforme que corresponde a esa vida. El exceso de producción y de consumo regional no se detendría en las fronteras nacionales, sino que se distribuiría por las rutas universales del comercio, tal como

ocurrió durante el siglo XIX. Un régimen de esa naturaleza puede necesitar, para que esté sometido a un control efectivo, dos sistemas de dinero en circulación: un sistema regional y un sistema extranjero de cambio a fin de establecer una especie de paridad entre zonas dispares durante el largo período lleno de dificultades que será el de la transición. La experiencia de varios países europeos después de la primera guerra mundial, particularmente el de la Rusia Soviética y el de la Alemania Nazi, demuestra que los obstáculos administrativos, aun cuando serios, pueden vencerse.

Debo hacer resaltar que el regionalismo económico no puede tener como fin la autosuficiencia rica o variada para suministrar todos los ingredientes que nuestra civilización actual necesita; el sueño de la autarquía es simplemente un pretexto militar para mantener a la población en un estado de espíritu favorable a la guerra. Lo que el regionalismo busca es el desarrollo uniforme de los recursos locales, un desarrollo que no mide el éxito por las ganancias financieras limitadas obtenidas mediante la especialización unilateral.

Tampoco significa el regionalismo económico la descentralización industrial lisa y llana. Esa tendencia ha subsistido en estado latente desde el comienzo de la revolución paleotécnica, cuando los industriales trataron de aprovechar las ventajas que les ofrecía el campo, es decir, terrenos baratos y trabajo barato; y en algunos lugares se lleva a la práctica. El hecho es que la centralización y la descentralización son términos desprovistos de significado desde el punto de vista cualitativo: se trata únicamente de direcciones de movimiento. Lo que importa para el regionalismo es determinar qué clase de vida producirán esos movimientos en un lugar o región determinada. Un desarrollo basado en granjas productoras diseminadas, relacionado económicamente con una industria exhausta, no es

un crecimiento menos pernicioso que la congestión superlativa del proletariado en la Megalópolis.

Adoptando el nuevo patrón no sólo es necesario fraccionar los antiguos centros de congestión, sino igualmente crear nuevos centros de vida cívica e industrial y dar nuevo vigor, con nuevos planes y actividades, a las antiguas ciudades y los antiguos pueblos situados en lugares aparentes y que se prestan a esa clase de renovación. Mas si se considera que la nueva unidad de vida económica y cultural es la región equilibrada, y no el vasto distrito amorfo metropolitano, el movimiento esperado, por ahora, es aquel que resultará al extremar el éxodo del distrito central, y el que implique una valiente reconstrucción de la vida en lo que acostumbraba a ser, desde el punto de vista de la metrópoli, simplemente el interior. En cualquier punto de la nueva región deberá poderse encontrar el foco de su cultura máxima.

El equilibrio económico no es un concepto especulativo. En realidad existió en la fase simple eotécnica de la industria. Las dificultades originadas por el transporte dentro de las regiones obligaron a las comunidades locales a contar ante todo con sus recursos inmediatos e importar únicamente los artículos exóticos de volumen relativamente limitado, a menos de que pudieran transportarse por agua.

Durante los dos primeros siglos de colonización en los Estados Unidos, la población se mantuvo cerca de la costa del mar, y generalmente los recursos económicos fueron aprovechados con parsimonia e inteligencia. Las industrias y las comunidades estaban en estado de equilibrio. De esta explotación sensata de las posibilidades regionales surgió una vida regional integrada que culminó, hablando desde el punto de vista económico, alrededor de 1850 en Nueva York y quizá un poco antes en Nueva Inglaterra. Las minas locales, las canteras, las cascadas, las selvas, los campos y los huertos estaban, como quien dice, entretrejidos gracias a un sistema ramificado de canales y

de caminos: esto constituye la base de muchos centros poblados, ninguno de los cuales, fuera de Nueva York, alcanzó un tamaño desproporcionado. Las pequeñas universidades, así como los liceos, estaban bien distribuidas. En Europa existió un estado similar durante la primera parte del período eotécnico; ésta fué la base de su gran eflorescencia cultural, y en muchas regiones continuó hasta el siglo XIX.

El problema que se le plantea al diseñador y al administrador regional consiste en lograr un tipo similar de equilibrio económico en función de las industrias modernas más complicadas, más “cadenas” de producción que actúan a gran distancia y un consumo más variado. La vida del régimen primitivo agrícola, que se bastaba a sí misma, ya no es posible llevarla hoy, excepto en términos de indigencia cultural. Ciertos agrarios del Sur pueden soñar con esa clase de vida, pero los más honestos entre ellos asimismo limitarán arbitrariamente la cultura, reduciéndola a manifestaciones puramente literarias y a los malabarismos verbales del régimen prebélico: una renunciación piadosa a la herencia moderna. En otras palabras, aceptan el empobrecimiento cultural.

Mas para hacer planes económicos eficientes es necesario que el campo de la planificación no quede confinado a las industrias y a los servicios públicos. Ningún examen, por exacto que sea en todos sus métodos preliminares, puede obtener buenos resultados en tanto que las variables más importantes se encuentren fuera de la provincia de la industria particular para la cual se hace el plan de producción. La corriente de energía, la corriente de la producción y la corriente de artículos deben ser finalmente encauzadas en los canales del consumo humano. Esto significa que en algún punto debe existir un medio de determinar, para una región y por un período determinado, la norma de consumo en términos de alimentos, de vestidos, de albergue, de recreo, de educación y de cultura. Los

“standards” adoptados para la producción no sólo deben incluir el consumo privado, sino también las obras públicas: casas, caminos, parques y jardines, ciudades e institutos cívicos y demás elementos de la región orgánica. Sólo cuando se haya esbozado el conjunto, podrá dirigirse la función individual con eficiencia. Cuando faltan esos planes, siempre existe un hiato entre las energías productoras y las realizaciones humanas.